STALIN INVADE JAPÓN

CAMPAÑAS DE LAS ISLAS KURILES Y SAJALÍN SUR, 1945

RUBÉN VILLAMOR

www.hrmediciones.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN **7**
INVASIÓN DE LAS ISLAS KURILES **11**
Kuriles, de la Era Glaciar al siglo XX 11
Tensiones con Rusia y Estados Unidos 16
Expansión hacia las Islas Aleutianas y Alaska 20
Raids de Paramushiro 23
Negociando el Pacífico Norte 25
Incursiones Aero-Navales de 1944 a 1945 28
«Operación Empire Express» 30
Declaración de Potsdam y ataque al Lejano Oriente 33
Área Defensiva de Kamchatka 34
Planificación 36
Anuncio de Hiro-Hito 40
Proyecto Hula 42
La V Región Militar 47
Aproximación 54
Desembarco en Shumshu 56
Desastre de la 2.ª Oleada 58
Asalto a la Cota 170.7 62
Avance hacia la Base Naval de Kataoka 72
Capitulación de las Islas Kuriles 83
Final de la Guerra del Pacífico 86
Posguerra y Tratado de San Francisco 92
INVASIÓN DE SAJALÍN SUR **99**
Sajalín, del Neolítico al siglo XX 99
Guerra Ruso-Japonesa 103
Colonización de Karafuto 107

Fortificación de Sajalín Sur 109
Preparativos de Defensa 111
Incidente del «Karafuto Express» 114
El XVI Cuerpo Soviético 118
Los Planes 120
Cruce del Paralelo 50° 126
Caída del Reducto Honda y la Estación de Koton 128
Desembarco en Toro 132
Ofensiva contra Koton y el Paso de Haramitog....136
Caída de Esutoru y los Montes Happo y Fugato 141
Desembarco en Maoka 144
Acciones Navales 150
Asalto a Ôtomari 151
Balance 154
Posguerra 156
BIBLIOGRAFÍA 159

INTRODUCCIÓN

La primera mitad del siglo XX fue una época de gran rivalidad entre las principales potencias del globo, en la que desde luego tanto Rusia como Japón no fueron una excepción. Los Imperios Ruso y Japonés históricamente jamás habían estado en contacto el uno con el otro, hasta que superada la mitad del siglo XIX se encontraron físicamente en el Lejano Oriente, dando origen entonces a una serie de disputas territoriales que comenzaron de manera pacífica en el *Tratado de San Petersburgo* por las Islas Kuriles, pero que continuaron de manera muy violenta en el siglo XX mediante conflictos armados como la Guerra Ruso-Japonesa, la Guerra Civil Rusa, la Guerra del Khalkhin-Gol y por supuesto la «Operación Tormenta de Agosto» de 1945 en el último año de la Segunda Guerra Mundial.

El presente libro abordará uno de los epílogos finales de la competición expansionista entre Japón y la Unión Soviética dentro del marco de la Guerra del Pacífico, cuando, una vez derrotada Alemania, el Kremlin volcó todo su esfuerzo militar en llevar la contienda a Asia para arañar a los japoneses el máximo terreno posible a sabiendas de su inminente derrota ante los Aliados después de sus fracasos ante chinos y norteamericanos en los campos de batalla, y de la caída de la bomba atómica sobre Hiroshima. La aventura se inició el 9 de agosto de 1945, justo en el instante en que detonaba la segunda bomba nuclear sobre Nagasaki, cuando 1.701.000 soldados del Ejército Rojo, acompañados de 5.556 tanques, 27.989 piezas de artillería y 5.368 aviones, atacaron por varios puntos la provincia de Manchuria, en ese momento el «estado títere de Manchukuo» sostenido por Japón, avanzando de manera imparable y demoledora a través de sus llanuras, montañas y ríos, donde aplastaron de manera contundente y decisiva al débil Ejército del Kwantung.

La «Operación Tormenta de Agosto» no solo se circunscribió a la rápida

y decisiva campaña de las fuerzas soviéticas sobre el continente, ya fuese en Manchuria, la Mongolia Interior, el noreste de China o la zona norte de Corea, sino que también tuvo una fase marítima que quedó algo más ensombrecida debido a los apabullantes éxitos de las armas rusas en tierra. Básicamente, se trató de la invasión de la mitad sur de la Isla de Sajalín y de los difíciles desembarcos en las Islas Kuriles, más en concreto en la Isla de Shumshu; las dos batallas que se analizarán en este libro.

Sajalín era una isla de gran tamaño que después de la Guerra Ruso-Japonesa había quedado dividida por la mitad del Paralelo 50° según el *Tratado de Portsmouth*, por lo que el Ejército Rojo simplemente tuvo que cruzar la frontera con unas fuerzas muy superiores en hombres y blindados. En este escenario cargado de bosques y pantanos, las tropas rusas y japonesas librarían una de las batallas más duras y sangrientas de las últimas semanas de la guerra en Asia, ya no solo por el control del interior insular, sino también por el de los puertos del litoral al efectuarse varias operaciones anfibias que se saldaron con muchas víctimas en ambos bandos, incluyendo entre la aterrorizada población civil.

Las Islas Kuriles y más exactamente la Isla de Shumshu por ser la más próxima a Siberia, constituyeron sin duda uno de los casos más polémicos en términos militares que se dieron en los estertores finales de la Segunda Guerra Mundial. La razón fue que las tropas soviéticas desembarcadas en las playas de aquel diminuto territorio insular serían víctimas de una carnicería inimaginable, ya que al no estar acostumbradas a misiones de carácter oceánico como por ejemplo podían estarlo los experimentados marines estadounidenses, los defensores japoneses que estaban muy bien atrincherados y preparados, se llevaron por delante la vida de varios miles de soldados rusos a la falta de pocos días para concluir la Guerra del Pacífico.

El episodio de la Isla de Shumshu en especial puede parecer un hecho llamativo por el gran número de bajas entre los atacantes cuando en los despachos se estaba negociando precisamente la rendición de los defensores. No obstante, hay que tener en cuenta que si unos soldados experimentados en pelear contra japoneses fortificados en islas, como era el caso de los estadounidenses, ya habían sufrido un número desproporcionado de muertos y heridos luchando aquel 1945 en Iwo Jima y Okinawa, no es extraño deducir que tropas bisoñas e inexpertas en este ámbito como eran las soviéticas, cosecharan un fracaso tan estrepitoso como el que veremos en este trabajo. Así lo reconoce el historiador militar británico Anthony Beevor, autor de *La Segunda Guerra Mundial* (Pasado & Presente, 2012)

cuando afirma: <<Apoderarse de las Islas Kuriles y Sajalín del Sur supuso para las tropas del Ejército Rojo una labor muy difícil. Lamentablemente, mal preparadas para llevar a cabo desembarcos anfibios, sufrieron muchísimas pérdidas, tanto en la fase de aproximación como en tierra>>.

Para resumir, las campañas llevadas a cabo por la Unión Soviética contra las Islas Kuriles y Sajalín Sur, pasaron a un segundo plano a causa del resto de operaciones anfibias mucho más conocidas que protagonizaron las fuerzas de Estados Unidos en la región durante toda la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, ambas batallas tuvieron una importancia capital en el escenario del Pacífico Norte, donde Japón había gozado de la iniciativa los años 1942 y 1943 con la invasión de las Islas Aleutianas sobre Alaska, ya que después de recuperar los norteamericanos la zona occidental del archipiélago tras los desembarcos en Attu y Kiska, aquel escenario quedó completamente olvidado en 1944 hasta que los soviéticos intervinieron en 1945 para desatascarlo, en esta ocasión atacando directamente los dominios siberianos y kurilianos de un ya vapuleado Imperio Japonés.

INVASIÓN DE LAS ISLAS KURILES

La invasión de las Islas Kuriles fue una de las últimas campañas libradas por la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de su asombrosa ofensiva en Manchuria durante la «Operación Tormenta de Agosto» que prácticamente arrolló al Ejército Imperial Japonés al norte de China y Mongolia, la ocupación de este archipiélago se convirtió en una empresa muy sangrienta, sobre todo tras la terrible experiencia en la Batalla de la Isla de Shumshu que bien podría definirse con el «Iwo Jima Soviético».

Kuriles, de la Era Glaciar al siglo XX

Las Islas Kuriles son un archipiélago que separa el Pacífico Norte del Mar Ojotsk a lo largo de un tramo de aproximadamente 1.000 kilómetros de norte a sur, concretamente desde el Estrecho Kuriliano que colinda con la Península de Kamchatka en Siberia hasta el Estrecho de Kunashir con la Isla de Hokkaidô en Japón. Se trata de una cadena insular de origen volcánico y en forma de arco que posee alrededor de unas cincuenta islas, entre estas treinta de medio tamaño y veinte más reducidas, sobre una superficie de 15.600 kilómetros cuadrados.

Según la distribución del archipiélago, justo en medio de la placa tectónica del Pacífico con la placa tectónica de Norteamérica, las Islas Kuriles se dividen de norte a sur en tres sectores según los dominios insulares más importantes por su tamaño o habitabilidad. El Grupo Septentrional incluye Shumshu, Paramushiro, Araido, Shirinki, Makanru, Hokake, Onekotan, Harimukotan, Ekaruma, Chirinkotan, Shasukotan y Mushiru; el Grupo Central poseee Raikoke, Matua, Rashowa, Suride, Ushihiru, Ketoi y Shimushiro; y el Grupo Meridional reune Buroton, Cherupoi, Buratto Cheropoefu, Uruppu, Etorofu, Kunashir, Shikotan y las pequeñas Islas Jabomai.

GRUPO AINU A FINALES DEL SIGLO XIX.

A nivel geológico, el suelo de las Islas Kuriles está compuesto en su totalidad de roca de lava que hace que las costas sean muy recortadas y el interior se caracterice por diferencias de altura bastante notables, ya que se extienden infinidad de conos, montañas, barrancos, gargantas y hasta un centenar de volcanes, entre estos treinta y ocho activos, siendo los más elevados el Monte Alaid de 2.339 metros en la Isla de Araido y el Monte Tyatya de 1.819 metros en la Isla de Kunashir. Como es habitual en aquellas latitudes, la vegetación es escasa, aunque la existente está constituida por amplias parcelas de tundra ártica con llanuras de musgo y barro, así como algunos bosques de piceas y árboles caducifolios como el larix. Respecto a la climatología, el tiempo de la zona es muy extremo y hostil, con lluvias y nevadas constantes, temperaturas por debajo de los 0 °C, fuertes vientos oceánicos y ventiscas siberianas, largos períodos de niebla y humedad, y un

breve monzón en el verano. Históricamente, los primeros pobladores de las Islas Kuriles fueron el pueblo de los ainu, una etnia en su origen caucásica que emigró desde Europa y se mezcló con las comunidades turco-urálicas y sino-mongolas de Siberia hasta acabar asentándose en el extremo más alejado del Lejano Oriente, concretamente al sur de la Península de Kamchatka. Desde ahí y durante la última Era Glaciar, dieron el salto a las Islas Kuriles y la Isla de Sajalín, llegando a poblar la Isla de Hokkaidô en el propio Japón e incluso zonas del norte de la Isla de Honshû.

El mestizaje con los yamato, etnia original de Japón, configuró una raza asiática única en el continente porque los ainus adquirieron unos rasgos entre lo occidental y lo oriental, como por ejemplo los típicos ojos achinados y facciones achatadas del rostro propios de la zona, pero al mismo tiempo algo más de vello corporal y un pelo color castaño en lugar de negro. Estas características europeas estuvieron mucho más marcadas entre los ainus de las Kuriles o Kamchatka, que no tanto entre los de Hokkaidô o Honshû donde la mezcla con los autóctonos fue mucho mayor.

Los pobladores ainus de las Islas Kuriles vivieron desde el remoto Neolítico aislados del resto de Asia, pues salvo por algunos contactos con comerciantes procedentes de Japón, China, Corea o los diferentes reinos de Mongolia o Manchuria, la fuente de su riqueza procedía de lo poco que podían obtener de aquel archipiélago en el que era tan difícil cultivar o producir. Básicamente, la actividad de subsistencia se reducía a la pesca en los caladeros cercanos a la costa o la caza de focas y leones marinos, así como la cría de ciervos, el intercambio de cerámica o la venta de pieles de zorro y oso.

Con el Japón recién unificado en 1590, los ainus de las Islas Kuriles no establecerían lazos más amplios hasta finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, cuando el Clan Matsumae, que gobernaba la Isla de Hokkaidô, expandió sus dominios al archipiélago. Aquella penetración japonesa no se hizo mediante el uso de las armas ni la violencia, sino mediante el desplazamiento de delegaciones para comerciar, formalizando pactos con los líderes locales e incluso con la difusión cultural, ya que ambos pueblos compartían infinidad de similitudes. Por ejemplo, en el aspecto religioso, los ainus creían que todo en la naturaleza tenía su «kamui» o «espíritu divino», algo bastante parecido al sintoísmo de los japoneses con los «kamis», lo que hacía asimilable y hasta atractiva la manera de pensar y entender el mundo de los nipones, mucho más fácil de comprender que no el de otros reinos

vecinos como los manchús o los coreanos. A pesar de que oficialmente las Islas Kuriles no pertenecían a Japón, en la práctica desde el siglo XVII ya se encontraban discretamente administradas por el Clan Matsumae y de hecho eran consideradas como parte del territorio nacional por el Shogunato Tokugawa. Así lo entendió el Emperador Shôhô que reinó entre los años 1644 y 1648, cuando tras elaborar los grandes señores feudales de la época el primer gran mapa cartografiado de Japón, el famoso *Genroku Kuniezu*, no dudaron en incluir a 39 de los territorios insulares de las Islas Kuriles.

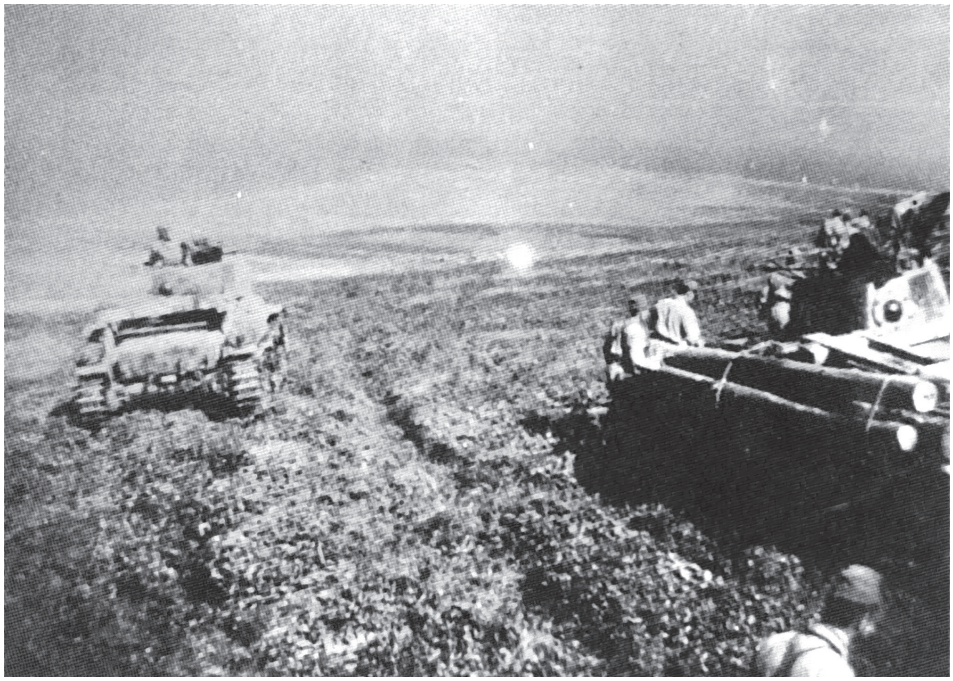
Generalmente, la relación de sumisión de las Islas Kuriles al Japón de la Era Tokugawa apenas fue perceptible ni para el pueblo ainu ni para sus élites políticas que continuaron con su forma de vida prácticamente inalterada, con la excepción de que ahora comerciaban más y el intercambio cultural era mayor. Sin embargo, no lo vieron así los ainus de la Isla de Hokkaidô debido a que el Shogunato fue mucho más intervencionista a nivel estatal, por lo que en 1789 las minorías de la Península de Nemuro se sublevaron en la comarca de Menashi y los rebeldes tomaron unas embarcaciones con las que se dirigieron a las Kuriles, desembarcando en la cercana Isla de Kunashir. Una vez allí, lo primero que hicieron fue asesinar en una matanza a 70 civiles japoneses y luego intentaron sublevar también a los ainus del lugar, pero fracasaron porque estos se negaron. A raíz de este revés a la hora de convencer a la población nativa, la Revuelta de Menashi-Kunashir, tal y como se conoció a este incidente, terminó en fracaso, porque todos los instigadores fueron reducidos, acto seguido juzgados y, finalmente, 37 ejecutados.

Hasta el siglo XIX no se produjo el primer contacto físico de las Islas Kuriles con Europa, cuando los primeros navegantes occidentales comenzaron a explorar las aguas del Mar de Ojotsk. Fue entonces cuando en 1811 surgieron los problemas después de que la balandra *Diana* de la Flota Imperial Rusa se detuviera en la Isla de Kunashir, donde toda su tripulación fue apresada al descender, incluyendo el capitán Vassily Golodnin que fue retenido por las autoridades del Clan Nambu. Como represalia por esta acción, el capitán Pyotr Rikord que patrullaba aquellas aguas, capturó a un comerciante japonés llamado Takadaya Kahei que lo hizo prisionero en su velero hasta que los japoneses no liberasen a sus compatriotas. A partir de entonces, fueron necesarios dos años de negociaciones entre el Imperio Ruso y el Japón Tokugawa para que finalmente en 1813 fuera puesto en libertad Takadaya Kahei, como también lo fueron los marineros de la balandra *Diana* y el capitán

Vassily Golodnin. Con la apertura de Japón al exterior en 1853 y el inicio de la modernidad que posteriormente daría lugar a la Era Meiji, los barcos mercantes de todas las potencias comenzaron a visitar las Islas Kuriles, la mayoría procedentes de Estados Unidos. De hecho, actividades como la caza de ballenas se convirtió en algo habitual para los buques norteamericanos que peinaban la zona, llegándose a producir hasta un total de tres accidentes en los que tuvieron que intervenir las autoridades japonesas para socorrer a los náufragos. Lógicamente, esto enfadó al Imperio Ruso, que consideraba aquellas aguas como su zona de influencia, por lo que en 1855 tuvo que firmarse el *Tratado de Comercio*, *Navegación* y *Delimitación* que otorgaba a los rusos derechos de pesca por encima de la Isla de Etorofu.

Las cláusulas pactadas entre Rusia y Japón fueron consideradas un insulto por el Gobierno de Tokyo, pues a pesar de que los japoneses terminaron aceptando las condiciones de los eslavos, fue porque no les quedó otro remedio, ya que todavía estaban en una posición de debilidad que muy pronto se revertiría con la modernización e industrialización del país impulsada por el Emperador Meiji. Una vez la nación ya contó con más fuerza diplomática y también militar dos décadas más tarde, pudo negociar en unas condiciones de mayor igualdad con el Gobierno Zarista. Así fue como a cambio de renunciar los nipones a una futura expansión imperial sobre la Isla de Sajalín, los rusos también renunciaron a todos sus derechos sobre Islas Kuriles, las cuales fueron oficialmente anexionadas por Japón tras la firma del *Tratado de San Petersburgo* en 1875.

La anexión de las Islas Kuriles implicó que numerosos ciudadanos japoneses fueran desplazados al archipiélago con la intención de aumentar el censo en la región, algo de lo que se encargó la Comisión de Colonización con sede en la ciudad de Sapporo, capital regional de la Isla de Hokkaidô. En cuestión de pocos años se establecerían alrededor de 20.000 nipones, la mayoría asentados en la Isla de Kunashir con 8.300 habitantes y la Isla de Etorofu con 6.000, los cuales trajeron consigo la modernidad porque construyeron edificaciones en piedra, tendieron cables telefónicos y una línea de telégrafos con el exterior, crearon oficinas postales, levantaron hospitales y comisarías de policía e incluso instalaron torres de radio. También multiplicaron las ganancias económicas porque si hasta entonces la pesca se había practicado en balsas y botes con redes, apenas tardaron en aparecer piscifactorías con equipos industriales, como por ejemplo las orientadas a la cría del salmón. Los pocos centenares de ainus que quedaron en las Kuriles,



TANQUES JAPONESES HA-GO CARGANDO CONTRA LAS PLAYAS EN SHUMSHU.

en muchos aspectos, se beneficiaron de la ciencia y la técnica llevada por sus nuevos amos, pero en otros tantos salieron perdiendo porque el nacionalismo nipón que había entrado en una fase de unificar todo el territorio nacional acabó por prohibir la lengua ainu en las administraciones públicas, además de obligarles a adoptar nombres de origen japonés, a multarles por lucir los tatuajes propios de su cultura y también a forzarles a abandonar su antigua religión para abrazar el sintoísmo, construyéndose para la ocasión varios templos.

Tensiones con Rusia y Estados Unidos

A comienzos del siglo XX, el hecho de haber suscrito Japón el *Tratado de San Petersburgo* con Rusia para anexionarse las Islas Kuriles en 1875 fue un acierto a largo plazo cuando de repente en 1904 estalló la Guerra Ruso-Japonesa, fruto de la tensión de ambos países por controlar los derechos del ferrocarril en Manchuria y extender su esfera de influencia a Corea y el norte de China. Gracias a su dominio sobre el archipiélago, desde el inicio del conflicto la Marina Imperial Japonesa pudo controlar cómodamente la